

La música de nuestros pasos

MAMEN GARCÍA-ALAMÁN SÁNCHEZ

Buenas tardes, me llamo Mamen y soy alumna de tercero de Periodismo y Comunicación Digital Bilingüe en el CEU de Moncloa. Me educé en el colegio Nuestra Señora del Recuerdo, o como lo conocemos casi todos en Madrid, “Los Jesuitas”.

Recuerdo ir todas las mañanas de la mano de mi padre a una pequeña capilla que había en el patio de infantil a rezar muy pronto antes de que empezaran las clases. Me leía como un cuento el evangelio y me ponía pequeños retos para cumplir durante el día. Jamás me sentí sola. A pesar que desde que tengo uso de memoria he sentido una angustia aplastante e inexplicable por perder a mis seres queridos, cada vez que cerraba los ojos de noche, y solo con pensar “buenas noches, Señor”, una ola de calma como terciopelo azul recorría cada músculo de mi cuerpo ayudándome a dormir.

Lo sigue haciendo hoy en día.

Sin embargo, la preciosa época del colegio acabó y me solté de la mano que había agarrado hasta entonces. Empecé la universidad en una diferente a esta: la Francisco de Vitoria. Mi tío había estudiado allí y me la recomendó. Yo siempre había sabido lo que quería estudiar, y realmente era una universidad que se parecía bastante al ambiente de mi colegio, pensé. Nada más lejos de la realidad. No es que fuera una mala universidad, es que jamás antes me había parado a pensar el tremendo acompañamiento al que me había acostumbrado el colegio y del que ya no disfrutaba en la universidad. Con el abandono, vino la soberbia. Con la soberbia, la angustia.

Al acabar el año lectivo en mayo, y debido a otros pequeños acontecimientos que debido a mi inmadurez y altivez no supe manejar, me encontré absolutamente perdida en un bucle de egoísmo y tristeza. Ya no sabía quien era, a dónde iba o lo que de verdad importaba en la vida. Se me había olvidado rezar. De todas formas, a mí siempre me ha servido más cantar. Es el talen-

to que me confió a mí: mi voz. Cada vez que me siento triste o agobiada, canto. Después de la vida, es el mayo regalo que jamás podré recibir y, sin duda, lo que más disfruto. Siempre he puesto mi música a su servicio y, puedo decir con absoluta franqueza, que jamás me pongo tan nerviosa como cantando directamente hacia Dios. Siento que soy yo misma, eléctrica y viva; pasional y enamorada; siento que el tiempo no pasa y que me limpio por dentro.

Ese año, dejé de cantar. Mis cuerdas vocales se volvieron débiles y blandas, y si ya no podía reconocermé al mirarme al espejo, cuando oía mi voz me sentía una farsante. Yo no era así.

Durante ese año hice mucho daño a la gente a la que más quería. Engañé, robé y me puse por delante de cualquiera y cualquier cosa. Y a pesar de eso, ¡nadie se dio por vencido conmigo!

Pasé un verano terrible entre lágrimas y enfados, egoísmos y complejos. Deje de comer. Pero poco a poco, el verano fue pasando y me llegó otro regalo: mi tía me invitó a acompañarla a la peregrinación de Lourdes.

Ese viaje marcó mi vida del todo; le dio la vuelta. Yo, que creía ir en el papel de enfermera, me encontré ante la virgen de Lourdes más enferma que muchos de los niños a los que acompañaba. Lloré cada día del viaje, una lágrima por cada herida que había abierto. Canté con toda la fuerza de mis pulmones, bailé cada mañana y reí hasta no poder respirar. Al volver a casa, me sentía nueva. Me reencontré con Dios y con María, y supe que nunca había caminado sola.

Después de ese viaje comencé de nuevo poco a poco a rehacerme. Empecé en esta nueva universidad, conocí a mis mejores amigos, personas increíbles que me ayudaron a conocerme mejor a mí misma, e incluso me enamoré. Conocí a la persona con la que, con ayuda de Dios, puede que viaje toda mi vida. Volví Lourdes, a Tierra Santa, y a Etiopía, y cuidé mejor mi relación con Dios. No voy a misa muy a menudo, lo reconozco y lo siento, pero nunca dejo de hablar con él para ofrecerle y agradecerle mis alegrías y mis meteduras de pata; de cantarle mis canciones y sonreírle desde el suelo; de pedirle que salude de mi parte a mis abuelos y de llorarle más que a nadie... A lo largo de estos tres años de recuperación me he vuelto a caer muchas veces, pero ya no me he vuelto a sentir sola. Tengo muchísimo que mejorar y crecer, pero me siento tan comprendida y querida que nunca tengo miedo.

Cada día que pasa descubro nuevas razones para confiarle mi alma y mis días. Veo su amor en todos los que me rodean y, sobre todo últimamente, en mi novio. Yo siempre he pensado en Dios como el amor absoluto. Creo en el amor. Y el amor de Dios en perfecto y eterno. Por eso rezo para que él me convierta en un prisma que refleje su amor y que lo proyecte por todas

partes; si bien de manera imperfecta, que siempre sea sincera. Pido que me enseñe a amar mejor y más cada día, y que cada lucha de la vida venga acompañada por la música que compongan mis pasos al caminar junto a él y a todos los que ha puesto a mi lado.

Señor, no soy digna de que entres en mi casa, pero una palabra tuya bastará para sanarme.